

# Páginas Ilustradas

REVISTA QUINCENAL

SAN JOSÉ,  
1.º de Mayo de 1909



Director:  
PRÓSPERO CALDERÓN

## SIRIO

Estrella solitaria, eres heroica  
describiendo tu eclíptica en la cumbre  
del viejo abismo.

Dime cuántos años  
á las envidias de la charca, estoica  
le arrojaste el desprecio de tu lumbre,  
el desdén de tus ámbares extraños?

Siempre te encuentro como un cirio, sola,  
diluyendo tu luz crepuscularia  
que finge una sonrisa en el pantano  
envidioso de ti, rubia corola,  
porque eres una viva pasionaria  
abierta, como un signo del arcano.

Cuán lejos vives viéndote en los mares  
que copian tus cenefas en sus ondas  
y columpian tus rizos de topacio. /s  
Los bosques seculares  
tus ósculos recojen en sus frondas  
cuando viaja tu luz por el espacio.

Quizá de tu pestaña,  
que se abre con candores de azucenas,  
prendió el condor audaz de la montaña  
la rosa de su anhelo.  
Alumbra en la bóveda serena,  
con el fuego apacible con que baña  
su crin el mar cuando le canta al cielo.

LISÍMACO CHAVARRÍA

## La muerte de Aquileo

Mi querido Próspero: — Reclamo, con la exigencia de una ocasión amarga, las páginas de su revista; sean las que fueren. No son para mí; son para Aquileo, para el poeta de Costa Rica muerto en España sin ver el cielo de su patria, sin recibir el beso amoroso, siempre santo, sagrado, solemne en el trance, de la esposa infeliz y de los hijos huérfanos.

Quien conozca Barcelona, sabe dónde está Monjuich; el legendario Monjuich, que si en su cresta asienta la fortaleza un día formidable y temida, en sus faldas mantiene, de un lado frondas y vergeles, del otro, de cara al mar, aquel camposanto, no triste, pero sí melancólico, donde el orgullo y la vanidad, que el arte ha hecho suyos, levantanuntuosidades y grandezas, quitando al recinto la tétrica repulsión para darle el color de la augusta tristeza.

Pues en ese camposanto, en lo más alto de él, mirando al Mediterráneo, en modesta, pero decorosa sepultura, reposan los mortales despojos del cantor de Costa Rica, del popular Aquileo, del genial autor de *Concheries*.

¡Mirando al Mediterráneo! Al mar de la Poesía, al mar azul por excelencia, que baña las históricas grandezas de la Grecia, las fantasías del arte italiano, las melancolias de nuestra Bética y las paradisíacas bellezas baleares. Del mar á quien tantos cantaron y al que hubiera cantado también el pobre poeta, enfermo y todo, si llegara á conocerlo; pero no llegó.

Si el espíritu del llorado amigo flota aún al rededor de su tumba, ¡cómo querrá volar allá, al otro lado de la inmensidad que se extiende á sus pies, para llevar el último hálito de vida á la patria querida, á la familia amada!

¡Pobre Aquileo! ¡Triste privilegio ha sido el mío!

*Viejo gruñón* me llamaba; sí, viejo gruñón, porque guiado al principio por el presentimiento, por la seguridad luego, trataba de desviar, y muchas veces lo alcancé, aquella imaginación, de deseos y ansias que no podían ser realidad.

Desde el 20 de noviembre, en cuya noche recibí yo, casi simultáneamente, el telegrama en que me anunciaba su salida de París y la tarjeta diciéndome que ya estaba en el hotel, hasta el 11 de marzo, en que espiró, sólo por imposibilidad física ó por dolencia en mi familia, dejé de verle algún día.

Cuando ya postrado por su primera recaída, resolví trasladarle á la casa de salud en que ha muerto, él salió del hotel—y así lo dijo durante el trayecto—con la más viva esperanza; pero yo..... yo llevaba muy arraigado aquel presentimiento.

El cambio, la belleza del lugar, la tranquilidad del asilo, la eficacia del tratamiento, lo que fuera, obraron favorablemente en el ánimo y en el cuerpo del enfermo, que á mediados de enero reflejaba en su semblante—llegando á hacerme esperar á mí—la animación propia del que se siente renacer después de verse en la impotencia.

Desbordóse entonces aquella tan poderosa fantasía, traduciéndose en planes á cual más elevado y grandioso. Había que llevar á Costa Rica Hermanas de la Caridad de la misma asociación religiosa que las que le asistían; era preciso que el Gobierno de la República concediese una recompensa especial á favor del médico que tan acertado había estado en su tratamiento. Revoloteando aquellas ilusiones sobre la edición de *Conchérias*, apenas empezada, la convertían en una obra especialísima de gusto artístico y de habilidad tipográfica. La carátula había de ser dibujada por Apeles Mestres; la encuadernación original y completamente separada de todo lo conocido; el papel, en unos ejemplares, japonés, en otros, de un satinado tan raro, que no le llegaban á satisfacer ninguna de las muchas muestras que se llevaron.

Saltaba aún aquella versátil imaginación y se veía visitando á literatos y poetas de Barcelona; concurrendo á Ateneos y Clubs; yendo á Madrid á saturarse, en compañía de Rubén Darío el diplomático, de la vida de bohemio; ofreciendo á Segarra, el padre del viajero autor de *Costa Rica*, pasar en su compañía unos días para conocer la hermosa Sultana del Mediterráneo; esperando la primavera para ir á San Hilario á cobrar por completo el saldo de salud, que ya entonces sería escaso, y en pleno revivir, dedicarse á la caza y á todo género de sports higiénicos; y mil y mil cosas más, y mil proyectos....

A fines de aquel mes, consultado por mí previamente el Doctor León y Luque, quien hasta el último momento luchó con la enfermedad y con el enfermo—y á cuyo Doctor quiero también hacer constar aquí la mucha gratitud que le debo—propuse á Aquileo proporcionarle todas las facilidades para regresar á Costa Rica, embarcándose el 10 de febrero.

—¿Y mis *Conchérias*?—preguntó.

—Yo cuidaré de ellas—contesté... Pero no hubo manera de convenirle. Creíase ya en camino firme; y yo, que no participaba de sus optimismos, llegué á legitimar entonces el dictado de *viejo gruñón*. Quise imponerme; pero ¿quién se imponía, quién luchaba contra aquel carácter suave de toda suavidad en la forma, pero recio, persistente, granítico cuando una idea, que se empeñaba en realizar, germinaba en su mente?

El ansia de vivir, la nostalgia de la vida libre, completamente libre, dejando al espíritu y á aquella imaginación pletórica de ideas y proyectos, toda una inmensidad como esperanza... eso en junto y revuelto le perdió. Quiso ir de prisa, más de prisa de lo que la Ciencia cautelosa y la Amistad desconfiada le permitían, y aquel cuerpo, aquel organismo semi-ago-

tado, que no estaba en relación con el espíritu, siempre potente, siempre cerniéndose en lo más alto de la fantasía, se rindió. Cayó otra vez en el lecho el pobre visionario y fué para no levantarse más.

Y yacido aquel pobre cuerpo, aún tuvo el alma alientos para concebir ideas y rimar frases: en aquel lecho escribió su última poesía, que—jironías de la suerte!—llegaba impresa en la revista católica *La Hormiga de Oro* á la casa de salud, cuando su autor hallábase sobre el fúnebre túmulo.

Yo suplico, ruego al ilustre Prelado á quien va dedicada la última poesía de Aquileo, me perdone la indiscreción de que sea PÁGINAS ILUSTRADAS el primer periódico costarricense que la publique.

A las seis de la tarde del día siguiente, 10 de marzo, estábamos, por tercera vez aquel día, al lado de la cama de Aquileo, el Doctor y yo con dos Hermanas de las que le asistían, creyendo que eran ya pocos los instantes que le quedaban de vida. Pero éste tuvo aún ánimos para hablar, no sin fatiga, y para encargarme saludara á mi esposa, entonces enferma, y á mis hijos.

Salimos con el Doctor después de dictar éste sus disposiciones para el médico de guardia, y al día siguiente, á las ocho menos cuarto de la mañana, recibía yo el aviso de que me trasladase en seguida á la casa de salud, porque Aquileo estaba espirando. Pocos minutos tardé; pero ya había muerto y entraba yo en el aposento cuando la Hermana de la Caridad le cerraba los ojos.

Quedaba el triste deber de rendirle los últimos tributos. Presidí aquel duelo, llevando á mi lado á los señores don Napoleón Montealegre y don José Manuel Núñez.

Al día siguiente cumplí mi última misión, y al empaquetar libros y papeles, desprovisto de todo sentimiento de curiosidad, que entonces sería sacrilego, no pude impedir que, entre tarjetas y estampillas desparramadas en gavetas y balijas, se fijaran momentáneamente mis ojos en un papelito escrito con caracteres imperfectos que empezaban así: *Papacito, venga pronto....*

¡¡Pobre Aquileo!!

CÉSAR NIETO

Barcelona, 15 de marzo de 1909.

---

—Hoy se ha verificado el entierro del cadáver del eminente literato y poeta costarricense, don Aquileo J. Echeverría, representante del Museo y Bibliotecas de Costa Rica que había venido á nuestra ciudad para rehacerse de la cruel dolencia que le ha conducido al sepulcro. Su cadáver ha sido conducido al cementerio del S. O., acompañándolo hasta su última morada distinguidas personas de la colonia costarricense que han querido rendir ese último tributo de homenaje á su poeta. Reciba la familia del finado nuestro pésame, que también hacemos presente al Cónsul de la República de Costa Rica.—(*La Veu de Catalunya*, 12 marzo 1909).

# Amanecer campestre

(Cuadro de costumbres de Costa Rica)

Al Ilmo. y Revmo. señor Obispo de Costa Rica,  
Dr. don Juan Gaspar Stork

Desde el regalado nido,  
ó saltando por las ramas,  
los clarines de la aurora  
rompen en alegres dianas  
y saludan con sus trinos  
el albor de la mañana.  
De muy lejos, de la aldea,  
el eco de las campanas,  
por la distancia esfumado,  
débil llega y breve pasa,  
sin detenerse á escuchar  
la orquesta regocijada  
de las aves, que á la vez  
vuelan, oran, rien, cantan.  
De la encumbrada tecumbre  
el humo en columnas se alza,  
ó en sueltos copos navega  
por la atmósfera azulada.  
La mujer frente al fogón  
mantiene vivas las llamas  
soplando á carrillo lleno  
las robustas bocanadas.  
En el patio su marido  
las herramientas prepara:  
el machete y el cuchillo,  
el zapapico y la pala.  
Por encima del pretil  
estira el cuello la vaca  
envuelta en nubes de vaho  
que piel y nariz exhalan;  
busca impaciente su cria,  
con sus mugidos la llama,  
mientras el tierno becerro  
en el corralón se afana  
por abrir algún portillo  
para correr á encontrarla.  
En el panzudo caldero  
el agua que hierve canta.  
Lista la bolsa, repleta  
de café molido, aguarda  
su beso, para brindarle  
sus aromosas sustancias.  
Sobre el cuadrado de cedro

la mayor el dulce raspa,  
en tanto que las menores  
el jarro y tacitas lavan.  
En la cuna llora el niño;  
la soledad no le agrada  
y además tiene sabido  
«que el que no llora no mama»;  
que es la primera lección  
que nos da Natura sabia.  
Con el balde de la leche  
entra el jefe de la casa,  
se descubre, se persigna;  
todos en pie le acompañan;  
y con la mirada en lo alto  
y las manos enlazadas,  
lentos de fervor dirigen  
una sencilla plegaria  
en que imploran protección  
de quien cielo y tierra guarda,  
y por los mil beneficios  
de Él recibidos dan gracias.  
Ya el mantel está cubriendo  
la limpia mesa cuadrada;  
en breve sobre sus nieves,  
humeante el jarro descansa  
rodeado por un cortejo  
de platillos y de tazas;  
en amplio platón expuestas,  
y por clases agrupadas,  
dan seguro testimonio,  
de la habilidad del ama:  
la rosquilla de bizcocho  
á fuego lento dorada  
ó el hojaldre de pan dulce  
que una paloma remata,  
dominando dos coronas  
de hojas y flores tan raras,  
que recuerdan los artistas  
de las épocas primarias.  
Las sabrosas quesadillas,  
los rosquetes y empanadas,  
el pan blanco, delicioso,  
y las quebradizas *tártaras*.

Ocupan todos su puesto,  
 el niño afanoso mama  
 mientras la madre, á sorbitos,  
 el café con leche traga,  
 mezclando con él las glorias  
 suavísimas de las *tártaras*.  
 Leal, un perrazo lanudo  
 que es el guardián de la casa,  
 sentado espera impaciente;  
 con los ojos hechos ascuas  
 sigue fijo el movimiento  
 de la mano cuando baja,  
 para coger una rosca,  
 para levantar la taza,  
 para enjugar el bigote,  
 después que la lengua pasa  
 devolviendo á buen camino  
 alguna gota extraviada.  
 Su amo al fin repara en él  
 y le arroja unas tajadas  
 que no llegan nunca al suelo  
 porque en el aire las caza.  
 Por entre el denso follaje  
 de la arboleda cercana  
 algunos rayos de luz,  
 cómo filosas espadas,  
 penetran, y al dar de punta  
 sobre la muñida grama  
 por la lluvia de la noche  
 con mil gotas coronada,  
 arrancan de ellas reflejos  
 de coloración tan varia,  
 tan fulgente, tan radiante,  
 que rubíes y esmeraldas

valen poco, nada valen  
 con sus iris comparadas.  
 Un enjambre de gallinas  
 impaciente el grano aguarda,  
 mientras el gallo vigila  
 sus odaliscas y canta.  
 Un grupo de campesinos  
 caminando alegre pasa  
 con sus fierros sobre el hombro  
 donde la alforja cabalga,  
 hidrópica de tortillas,  
 de frijoles y otras viandas:  
 del sabroso huevo duro,  
 y de la carne salada,  
 acicate de las sedes,  
 que la fresca fuente aplaca.

Alabemos al Señor  
 y bendigamos la patria,  
 donde el honrado labriego  
 sus santas leyes acata,  
 y conserva las costumbres  
 que trajeron los de España,  
 y practica las virtudes  
 de la doctrina cristiana;  
 el trabajo que redime  
 y la viva fe que salva.  
 Para esas gentes que tienen  
 sano el cuerpo y limpia el alma,  
 en el cielo todo brilla  
 y en la tierra todo canta.

AQUILEO J. ECHEVERRÍA

---

—Anteayer recibió cristiana sepultura en el cementerio del Sudoeste el cadáver de don Aquileo J. Echeverría, distinguidísimo poeta y periodista centroamericano, que estaba hace tres meses en esta ciudad en busca de alivio á la dolencia que le ha llevado al sepulcro.

El señor Echeverría, aquí menos conocido de lo que merecía, estaba editando la tercera edición de su libro titulado «Romances y Concherías», la que, con un prólogo de Rubén Darío, ha tomado á su cargo terminar nuestro antiguo colaborador y amigo don César Nieto, Cónsul de la República de Costa Rica, patria del finado.

(*La Vanguardia*, 14 marzo 1909).

## Bajorrelievés

**Eduardo de Ory**

Para triunfar hoy en la explanada áurea de las letras, se necesitan dos condiciones: una voluntad de hierro en que se someta á prueba tenacidad de Prometeo, y talento, mucho talento. La envidia de los mediocres se encarga de lo demás; ella es el jumento condenado á conducir en su lomo el oro reluciente de los mineros de la intelectualidad, que á flor de tierra lucen en sus manos el precioso metal del alto pensamiento.

Dadme el vigor intelectual de Lugones ó Darío, la tenacidad de la juventud sana, y media docena de Zoilos con potentes pulmones para que me llenen de improperios y sátiras fumambulescas y me verás, os lo juro, lector, en la estacada del triunfo, luciendo el trofeo de la victoria. La envidia consagra, así como el olvido y la indiferencia matan las más lozanas energías de la mentalidad. Avellaneda, enfrentándosele al gran Manco, es la envidia consagrando al más claro de los talentos españoles y empujándolo á mejorar su obra. Pues bien, este Eduardo de Ory es un poeta que ha logrado gran prestigio ya, debido á su energía y laboriosidad. De él conocemos las siguientes obras: *Bouquet de Azucenas*, *Aires de Andalucía*, *Laureles Rosas*, *El Pájaro Azul* y *La Primavera canta*.



Todas esas obras han recorrido en triunfo por los campos de las letras.

En Zaragoza, fundó una preciosa revista literaria, bautizada con el nombre de *Azul*, de la cual son colaboradores los mejores artistas de América y España y á la cual me ha invitado, incluyendo mi nombre en el cuerpo de redacción, prodigándome en la misma revista frases que no merezco.

Los versos de Ory á veces tienen tranquilidades de remanso cristalino y otras el verbo es huracanado y erguido ante lo grande, entonces el poeta gáditano es grandilocuente y entonces me agrada más.

PÁGINAS ILUSTRADAS presenta á sus lectores el fotograbado del poeta español y en otro lugar una poesía inédita que envió á esta revista, de la cual es colaborador.

¡Llor y campó á los que pasan cabalgando el pegaso del esfuerzo!

LISÍMACO CHAVARRÍA

## LEY ETERNA

Para don Próspero Calderón

En este mundo delirante y loco,  
todo contraste es:

Nacer para morir: es ley eterna  
gozar y padecer.

Día y noche; sol y luna; tierra y cielo;  
negrura, claridad...

Junto al oro está el cobre; tras el rico  
el miserable va.

Tras la dicha fugaz el llanto sigue;  
¡contraste aterrador!

De la fortuna codiciada, siempre  
va la desgracia en pos.

En la vida hay dos sendas: de albas rosas  
alfombrada una está.

La otra de espinas punzadoras, zarzas  
que crecen más y más.

Por la senda de rosas la *Fortuna*  
va risueña y gentil.

Por la senda de zarzas la *Desgracia*  
con su eterno gemir.

Al final del camino—triste encuentro—  
ambas se suelen ver.

La *Fortuna* riente, la *Desgracia*  
con su llanto de hiel.

Caminante que cruzas errabundo  
esta vida fatal:

Si alguna vez encuentras la fortuna  
por la casualidad,

y te hiciere dichoso, corre al punto  
—como el rayo veloz—

¡antes que la *Desgracia* ensañadora  
te hiera el corazón!

EDUARDO DE ORY

Cádiz, 29-10-1908.

NOTA. — Obligados á dar salida á una gran cantidad de material de lectura, pasamos por la pena de publicar el presente número casi sin grabados. Pedimos perdón á nuestros abonados.

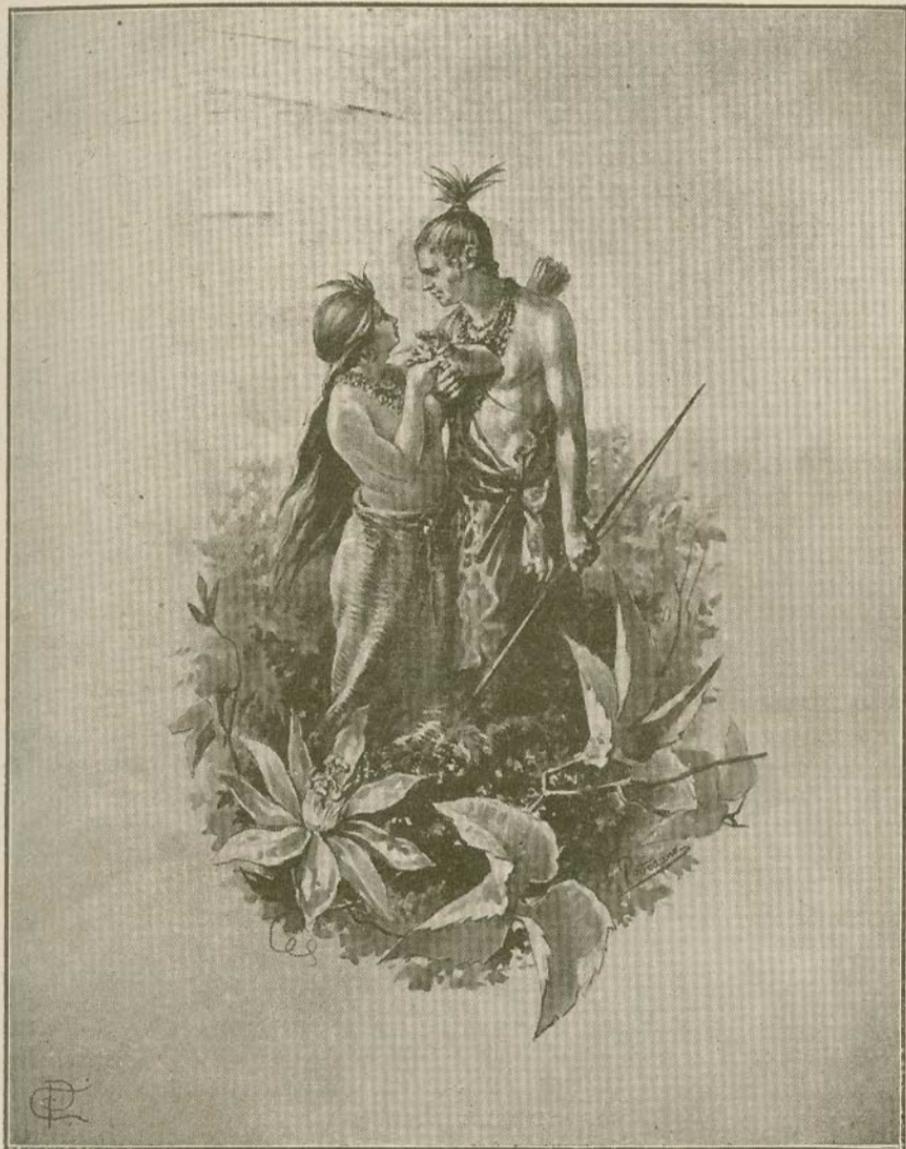


Ilustración de la novela «Mulay», publicada en la revista VIRYA

Composición y dibujo del Maestro Povedano

## El anillo de hierro

A la señorita Brígida Picado

La desaparición de aquella alhaja era inexplicable. Por más que cavilaba y busqué una solución al misterio, no encontraba una explicación satisfactoria al asunto.

Se trata de aquel famoso brillante rosado, montado al aire en un anillo de hierro bruñido, que se rifó hará dos meses en el Club Internacional y que, con envidia de todos, me tocó en suerte. La piedra era magnífica, sin un solo defecto, de tamaño de una arveja, perfecta y con una coloración encarnada como las mejillas de un niño. El aro estaba formado con parte de uno de los clavos que sirvieron para crucificar á Cristo. Era una alhaja inestimable y que sólo la miseria pudo obligar á su dueño, el príncipe de Liccio, á desprenderse de ella. Había pasado de padre á hijo durante más de doce generaciones.

Yo no la usaba porque me venía un poco estrecha en el anular y demasiado grande en el meñique. Apesar de que había recibido magníficas ofertas de compra, no quería venderla; pues, aunque hago alarde de no ser supersticioso, me preocupaba profundamente la tradición que me refirió, al entregarme la alhaja, el príncipe de Liccio.

—Ahora Ud. posee esa valiosa joya, me dijo; joya que perteneció durante siglos á la real casa Lombarda y que junto con la corona de hierro, era lo más precioso que poseía aquélla, por estar formadas con los clavos de Cristo. Por lo tanto, me veo obligado á confiarle lo que por tradición oral y secreta supe á mi vez, cuando en su lecho de muerte me entregó mi padre ese anillo.

El sacrilegio cometido por quien hizo fabricarlo, empleando cosa tan sagrada como esos clavos, ha traído la maldición del cielo sobre todos los que la usan. Por tanto, el día que Ud. venda ó pierda ese anillo, esté Ud. seguro de que apenas le quedan dos meses de vida. Sí, *sesenta* días. A mí me quedan *cincuenta y nueve*, solamente cincuenta y nueve días de vida.

Y veía yo reflejado en el semblante del príncipe el terror que le causaba su próximo fin.

Estábamos á ocho de setiembre y ya calculaba yo el tiempo que me quedaba de vida. Por más que trataba de convencerme de que aquello no era más que una fábula, la idea tenaz de la tradición me torturaba más que la pérdida material.

Pero, en medio de todo, lo que más me llamaba la atención era el modo como había desaparecido.

La noche anterior, al abrir mi caja de hierro, había visto el estuche de felpa en que estaba colocado el anillo, y movido por el deseo de contemplar el bello brillante, la abrí. Allí estaba en su negra montadura lanzando rayos de luz, comparables solamente á los del planeta Marte. Largo tiempo estuve contemplándolo, y por fin cerré de golpe el estuche, que produjo un *clic* metálico, extrañamente metálico.

Cerré cuidadosamente la caja de hierro, me desvestí y después de leer algún tiempo, apagué la luz y me dormí.

Al día siguiente, antes de salir, abrí nuevamente la caja para sacar dinero, y quise comparar el brillo del brillante á la luz del día con el que tenía á la luz de la lámpara eléctrica.

Tomé el estuche y noté que se abría con dificultad; tuve que hacer un verdadero esfuerzo sobre la piececita de metal que sobresalía del estuche y cuando se abrió... ¡estaba vacío!

Júzguese de mi sorpresa. La caja tenía la combinación en buen estado, la puerta y las ventanas de mi cuarto estaban perfectamente atrancadas; en la caja, que vacié enteramente y que registré pulgada por pulgada, no había nada; en el suelo de mi cuarto tampoco pude encontrar el anillo.

Olvidé la hora que era, y á las doce del día todavía registraba yo por todas partes: en mis ropas, de nuevo en la caja, por el suelo, en las gavetas, por todas partes, y siempre nada, nada!

Por fin, me decidí á salir. Cerré cuidadosamente la puerta de mi cuarto y di orden de que nadie entrase en él hasta mi regreso.

¿Qué hacer? No se me ocurría nada. Estaba atontado, cansado, entorpecido.

Me dirigía hacia el Juzgado del Crimen, con intención de comunicar lo ocurrido al Juez, cuando tropecé con el príncipe de Liccio.

—¡Hola!—exclamó al verme. ¿Qué tal? ¿Cómo va?

—Mal, muy mal, príncipe.

—¿Está Ud. enfermo?

—No; no es eso, es algo más grave.

—¿Qué ocurre? ¿Puedo servirle en alguna cosa?

—No sé. Lo que me pasa es tan raro, tan anormal, que no sé...

—Pero, en fin, ¿puedo saber de lo que se trata?

Conté detalladamente al príncipe lo que ya he relatado y él me oyó con calma.

—¿Puedo ver su cuarto?—preguntó.

—Por supuesto, príncipe. Vamos allá.

Deshice el camino en compañía de Liccio y llegamos á mi aposento.

—Soy un aficionado á las investigaciones policiacas, dijo éste al entrar. Dicen que soy bastante hábil y creo que en vez de nacer príncipe, debí haber nacido policial secreto.

—Repita lo que me refirió,—dijo.

Y nuevamente le conté lo ocurrido. Después, se levantó lentamente de su asiento, examinó minuciosamente la puerta, la cerradura, las ventanas, el piso, y por fin la caja, que yo abrí con ese objeto.

—¿Dónde estaba el estuche anoche?

—Aquí, contesté, señalando el lugar preciso en que lo coloqué la noche anterior y que era uno de los rincones de la caja.

—¿Estaba en el mismo lugar esta mañana?

—Sí, en el mismo lugar.

Reflexionó durante unos instantes y luego:

—No comprendo nada, dijo. ¿No ha padecido Ud. alguna vez de ataques de sonambulismo?

—No, que yo sepa.

—Hay que averiguarlo con su familia. Mientras tanto, ¿tiene Ud. inconveniente en facilitarme el estuche?

—Ninguno.

Tomó la pequeña cajita de felpa en sus manos y noté que éstas temblaban. El vió que yo lo observaba.

—Es natural, me dijo, que me impresione la pérdida del anillo. En primer lugar, el recuerdo de familia desaparece, pues mientras estaba en sus manos, nunca perdí la esperanza de recobrarlo; pero, ahora ¿dónde estará? En segundo lugar, su vida corre un peligro inminente.

Mientras hablaba, daba vueltas al estuche, lo miraba y remiraba por todos lados y hasta me pareció, en medio de mi nerviosidad, que veía brillar en sus ojos una chispa de alegría.

Por fin se decidió á abrirlo y ambos contemplamos el lugar vacío donde antes brillaba la piedra sin rival.

—Extraño; muy extraño,—murmuraba él.

—Sí, dije yo, no me puedo acostumbrar á la idea de esa desaparición.

Al cabo de un rato, el príncipe colocó el estuche en su bolsillo y me dijo:

—Si Ud. quiere, prosigamos ahora nuestra investigación.

—Pero ¿á dónde?

—Por todas partes. ¿Ha movido Ud. la caja de hierro?

—No; pesa mucho.

—Yo le ayudaré. Vamos.

Entre los dos corrimos la caja hacia medio cuarto. Debajo, había un poco de basura.

—No mueva Ud. nada, dijo él. Alcance aquel plumero que está sobre su escritorio.

Cuando lo tuvo en sus manos, agregó:

—Con esto, voy á sacudir estas basurillas. Si por casualidad el anillo está aquí, las plumas del plumero no podrán arrojarlo á distancia.

Tampoco estaba allí el anillo.

—¿Ha dado Ud. cuenta á la Policía, al Juzgado?

—No; precisamente iba á hacerlo cuando le encontré á Ud.

—No diga media palabra. Vamos primero á investigar en esta casa. Llamamos á los sirvientes, uno á uno. Nada pudimos sacar en limpio. Ninguno había oído nada anormal durante la noche. Las puertas que dan á la calle y las ventanas habían sido cerradas por la noche.

—No hay remedio, me dijo el príncipe.—Tendremos que ocurrir á las autoridades.

—Vamos, pues.

\* \* \*

El Juez, que escuchó con tranquilidad, consignó mi declaración, llamó á los sirvientes, les interrogó y el príncipe y yo nos retiramos á las cinco de la tarde. Comimos juntos en el hotel donde se hospedaba mi compañero y me retiré, ya tarde, á pensar, pues el sueño se negaba á mis ojos.

Pasaron algunos días sin que nada nuevo ocurriese.

\* \* \*

El término fatal de sesenta días se aproximaba, y fuera impresión nerviosa ó realidad inconcebible, sentía yo que mis fuerzas disminuían á cada instante. Una tristeza espantosa ayudada por desvelos minaban mi salud día á día.

El príncipe no se separaba de mí y trataba de reanimarme, de consolarme. Todo en vano.

Una tarde, tres días antes del término fatal, penetré en la habitación del príncipe, por quien estaba invitado á almorzar. Mientras él se vestía, leía yo distraídamente algunos diarios.

Al tomar *La Información* que estaba sobre una mesa, tropezaron mis ojos con el estuche de felpa que había contenido la alhaja desaparecida, y hasta entonces no recordé que el príncipe no me la había devuelto.

La tomé y la puse en mi bolsillo maquinalmente.

El príncipe estaba listo y bajamos al comedor. El almuerzo fué silencioso y triste, á pesar de los esfuerzos del anfitrión que trataba de distraerme.

Nos despedimos y yo seguí para mi cuarto.

Como de costumbre, esa noche me acosté temprano y traté de dormir. Al desvestirme, mis manos tropezaron casualmente con el estuche, que coloqué sobre la mesita de noche.

¿Dormía? No lo recuerdo. Sólo sé decir que desperté sobresaltado, con la impresión de que en mi cuarto había *alguien*.

No hice ningún movimiento y esperé unos momentos. No cabía duda, *sentía* los movimientos de una persona que caminase en la oscuridad con mucho cuidado. Una silla se movió muy levemente y pude oír, en el silencio de la noche, la respiración agitada del intruso y los latidos de su corazón.

Todo quedó quieto por unos segundos y luego oí de nuevo el roce de la ropa y los silenciosos pasos del que en la oscuridad caminaba.

Bruscamente alcé la mano y di vuelta al *switch* de la luz eléctrica.

Antes de que hubiese tenido tiempo de reconocerlo, un hombre se lanzó sobre mí y tomó, entre sus nerviosas manos, mi cuello.

Siguió una lucha breve, feroz, desesperada. La presión de sus manos me ahogaba; sentía mis ojos salirse de las órbitas y me faltaba el aire.

Pero la desesperación me dió fuerzas y de un vigoroso empuje lancé á mi asaltante al suelo y á mi vez empecé á ahogarlo.

Todo esto pasaba en la oscuridad, pues con la violencia del ataque, probablemente di demasiada vuelta al *switch* y sólo un instante brilló la luz.

Poco á poco cesaron los movimientos de mi adversario y fui aflojando la presión de mis manos. Entonces llamé, grité desesperadamente y en pocos momentos llegaron los sirvientes.

Cuando el cuarto se iluminó, pude reconocer por fin á mi adversario. Era... el príncipe de Liccio.



Antes de expirar, sobre mi propio lecho, me confesó la verdad.

El temor á la muerte le había impulsado á todo.

—El estuche, dijo, es una maravilla. Está construído de modo tan especial, que al cerrarlo de cierto modo, juega un doble fondo que oculta el anillo y deja, en su lugar, un depósito idéntico al que ocupa el anillo. Sabía yo que algún día lo cerraría Ud. violentamente y esperé durante mucho tiempo, hasta que ocurrió lo que presumía y Ud. dió por perdido el anillo.

Recuperé junto con el estuche la preciada joya y sólo esperaba su muerte de Ud., que fatalmente debía ocurrir dentro de los sesenta días, para gozar tranquilamente de la vida, cuando noté ayer que Ud. se apoderaba nuevamente del estuche. Entonces determiné introducirme en su cuarto y robar el anillo.

Ya sabe lo demás.

Media hora después expiraba el príncipe.

El anillo está hoy en un lugar secreto que yo solo conozco.

# VERÓNICA

A doña Adela de González Viquez

## I

Marcha el Justo á la muerte: su divino  
Rostro en sangre y sudor está bañado;  
De asquerosas salivas salpicado,  
Y sucio por el polvo del camino.

Puso sobre Él, con saña de asesino,  
Sus manos alevosas el malvado;  
Y á quien se alzara libre del pecado,  
La inmundicia por fin á abatir vino.

Entre la enfurecida muchedumbre  
De soldados y turbas insolentes,  
Camina con su cruz hacia la cumbre:

Unos le ven pasar, indiferentes;  
Otros tal vez de angustia el alma llena;  
¡Nadie se acerca á mitigar su pena!

## II

Mas hay una mujer, que denodada  
Rompe al través de la feroz cuadrilla,  
Y ante Jesús, humilde se arrodilla  
Llena de fe y en lágrimas bañada;

Enjuga con su manto la sagrada  
Faz, que con nuevos resplandores brilla;  
Y en la tela se lleva ¡oh maravilla!  
Del Dios-Hombre la imagen estampada!

El que tiende su mano generosa  
Al despreciado por el mundo, y calma  
La desolada angustia del que gime,

Siente en su corazón algo sublime:  
¡Es que la imagen de Jesús radiosa  
Se reproduce en lo íntimo de su alma!

MATÍAS TREJOS

## La educación del niño

Traducción del francés por J. M. Alfaro Cooper  
para „Páginas Ilustradas“

(Conclusión)

Sólo el bien puede producir el bien.

Cuando tengáis que dirigir conciencias que suponéis desalentadas, excitad siempre en ellas los sentimientos generosos. No las castigéis moralmente. El castigo moral, menos aún que el castigo físico, no tendrá poder ni resultado alguno satisfactorio.

Obrad siempre con bondad, pero con firmeza; con dulzura armada de paciencia; con razonamientos sabiamente puestos al alcance de quien se trata de convencer, y sobre todo... predicad con el ejemplo, ved claro... y para esto reflexionad en el recogimiento de todo vuestro ser, y jamás seréis engañados.

Sembrad siempre en vuestro camino los buenos pensamientos, los buenos ejemplos y las buenas resoluciones. Ellos no germinarán tal vez en largo tiempo, los creeréis estériles ó caídos en malas tierras: os engañáis. A su tiempo la simiente se desarrollará bajo ciertas influencias favorables, quizás tardías para los descos del sembrador, y brotarán las buenas plantas. No os desalentéis por la lentitud del resultado. Que esto no os preocupe en manera alguna, acaso no lo veréis vosotros; pero se conseguirá, y esto es lo principal.

«Sed perfectos como vuestro padre celestial es perfecto.» Esta gran máxima es preciso tratar de practicarla todos los días, porque si vosotros pedís mucho á los pequeños y á los jóvenes, justo que exijáis mucho de vosotros mismos.

En esta vía de perfeccionamiento hay siempre demasiado que hacer, porque vuestros pequeños esfuerzos cotidianos apenas bastarán para contener y destruir una mala costumbre ó una tendencia pernicioso. Que todo lo que provenga de vosotros sea puro y bueno y esparciréis sin esfuerzo el bien y la felicidad en vuestro derredor.

Nada es tan contagioso como el ejemplo.

Recurrid á la bondad, á la calma, á la paciencia; practicad sencillamente estas virtudes y las personas más rebeldes serán convencidas y avasalladas.

¡Paciencia y dulzura siempre! Sed fuertes y dulces, tranquilos y buenos y podréis todo, absolutamente todo, en torno vuestro.

El bien atrae el bien, ó si no existe, lo crea.

Poned todos vuestros esfuerzos cotidianos en adquirir esa serenidad que debe irradiar de un alma en paz consigo misma y con todas las demás. No seréis grandes si no con este poder de irradiación celestial y sólo haréis el bien armados de esta virtud. Ayudáos los unos á los otros para adquirirla.

# El canto del Cisne

A José M.<sup>o</sup> Zeledón

## I

¡La juventud! ¡Bermoso sueño!

El gabinete de Marcelo es un milagro de arte moderno. Las estatuas, en su impecable desnudez olímpica, alegran y embellecen la feliz mansión: Dionysos, Eros, Afrodita... En el centro vérguese arrogante florero de cristal, cuajado de lirios y de rosas. Penden de los umbrales cortinajes damasquinos, sujetos al oro de las cañuelas relucientes. Los tapices de la risueña estancia representan cuadros pictóricos de genial fantasía: *El triunfo de la vida. La juventud. El ensueño.* Y en los anaqueles flota enjambre invisible de invisibles almas: *clásicos, románticos, naturalistas, decadentes y parnasianos*: ¡Soles fulgurantes que llueven sobre el género humano la savia ardiente y vigorosa de sus venas!

A la derecha del salón se destaca un escudo heráldico, que custodian lucientes panoplias, donde brillan los alfanjes, los floretes, las espadas. Debajo de los suntuosos sillones, las alfombras pérsicas se tienden; sobre ellas aún parece sonar el ruido indiscreto de femeniles pisadas y el *frú-frú* de las faldas de seda.

Marcelo duerme reclinado en un sofá. Duerme y sueña. Sueños que se tornan en policromas rosas colmadas de esencias, ora fuertes, ora suaves: ardientes, como lenguas de fuego, que le quemán dulcemente el pecho; delicadas, como leves auras, que se infiltran en su corazón y le embriagan de casta mansedumbre. El sueño que no piensa, inquieto, travieso-sediento, incansable, suspirando siempre, por nuevos horizontes, por luminosas alboradas...

¡Duerme! ¡Sueña!



Las doce en el vecino campanario. El sol en el zenit. Péndulo inmenso que marca á seres y cosas el término de su carrera. Las guirnaldas de lirios y de rosas, besan el aire que las besa y vuelven sus caricias al sol que las abrasa. Y Marcelo duerme, sueña, siente inefables sensaciones que le punzan el corazón.

¡Duerme! ¡Sueña!

## II

En el jardín de la elegante estancia, pálidas margaritas se cuentan en el silencio solemne de la tarde, blancas historias de amor. En medio del *parterre* se levanta la diosa de la juventud, que exprime entre sus labios la

sangre de fresco ramo de uvas. A su diestra, un dragón de bronce con la boca abierta, deja escapar el agua en finos surtidores que harinean sobre los capullos en flor; mientras un noble cisne, príncipe del pensil, retoza en el estanque y riza sus albos abanicos. El cuello de nieve es el brazo de armiño de Venus mutilada.

Ya la tarde declina. El crepúsculo antillano es regia púrpura que ennoblecce las amplias espaldas del sol! Véspero psalmodia en silencio la epifanía de la noche que avanza. Marcelo entreabre los ojos: ¡despierta á la realidad! Y en torno suyo, todo solloza, todo suspira...

Débil claridad empalidece el gabinete. Marcelo se pone en pié. El ocaso del astro prende en su espíritu tristes remembranzas. Camina. En su blancura marmórea Hebe le corta el paso. —¿Qué has hecho de la vida? De los mejores años de la existencia ¿qué has hecho? — parece interrogarle. Marcelo inclina la frente. Surca su rostro una lágrima. Un rizo de plata asoma entre sus cabellos. Pléganse á los extremos de los párpados las líneas angulares que denuncian la llegada del invierno de la vida. Prosigue. Ahora es un espejo. Ve con asombro intenso reproducida su imagen en el cristal sincero. Profunda conmoción abate su espíritu y termina rendido á un río de perlas que corre por su semblante pálido.

La noche enciende sus estrellas. El noble cisne, al pie de la escultura griega, rima en un canto su postrer adiós!

MANUEL F. CESTERO

República Dominicana.

## VARIEDADES

He aquí lo que han ganado algunos artistas célebres en Estados Unidos:

Carusso, \$ 2,350 por noche; Paderewsky, \$ 2,000; la Melba, \$ 3,000; la Nordica, \$ 1,800; Mme. Calvé, Rita Furnia, Mme. Sembrich, \$ 1,500; Emma Eames, \$ 1,800; la Bernhardt, \$ 1,000. Por supuesto, la que hizo una verdadera fortuna fué la Patti, pues se le pagaban \$ 3,000 por cantar tres canciones no más.

\*  
\*  
\*

*The Chicago Tribune* del 27 de diciembre de 1908, trae el retrato de la señorita Zelinda Vittoria Moscoloni, declarada por un eminente jurado de artistas la más bella mujer de Italia y á la cual llaman los más entusiastas italianos «Fior di Campo». Cuenta con 20 años de edad; su cabello ondeado es de color castaño oscuro, y sus ojos negros. Los más célebres pintores declararían que serviría admirablemente para un modelo de madona. Es campesina y obtuvo el triunfo entre multitud de bellezas patricias presentadas al concurso.

## Bomenaje

A la distinguida señora doña Juana de Aragón

Dulce señora! Reina de un hogar muy dichoso,  
Cuya voz proporciona delicioso solaz,  
Que venís á estos bosques, de un país muy hermoso  
Donde triunfa el trabajo, donde reina la paz;

Que venís de una tierra cuya fresca hermosura  
La cobija la sombra de un limpio pabellón;  
Donde hay entendimientos de máxima cultura  
Y entonan las industrias una eterna canción;

Donde hay seres muy sabios, de mente vigorosa,  
Cuyos nombres renombre á la América dan,  
E ilustres soñadores de lira melodiosa  
Que imitan la dulzura de la flauta de Pan;

Decidnos: ¿ha sentido sus nostalgias muy hondas  
Vuestro pecho que ostenta una inmensa bondad,  
Al llegar á esta tierra donde reinan las frondas,  
Donde reina el silencio de una gran soledad?

Esta tierra escondida, de tristezas pobladas,  
¿Cuántas veces, señora, os ha hecho pensar  
Restituiros en breve á la tierra encantada  
Donde riente os espera vuestro plácido hogar?

Ah, señora, no tiene nuestra pobre cultura  
A vuestra alma de aroma y de luz, que ofrecer  
Esos varios halagos de exquisita dulzura  
Que á las almas muy finas proporcionan placer,

Pues tan sólo tenemos nuestras selvas oscuras  
que no pueden, señora, vuestra mente halagar;  
Nuestros cerros abruptos, nuestras vastas llanuras,  
Nuestros ríos que corren con estrépito al mar.

Mas aún tiene nereidas nuestra selva sombría;  
Con las frescas ondinas de risueño cantar  
A amadriades y faunos se ven todavía  
Por la vasta espesura dichosos vagar.

Y es por eso que ingenuas nuestras almas tenemos;  
Aquí de montañeses los espíritus son;  
Al modo primitivo todavía queremos,  
Con todas las potencias de nuestro corazón.

Y por eso os brindamos, solamente, señora,  
Nuestros pechos que abrigan sentimientos muy leales  
Y puros cual las rosas que produce la aurora  
O las risueñas aguas de nuestros manantiales.

Adiós, señora! Reina de un hogar muy dichoso,  
Cuya voz nos ofrece un divino solaz,  
Que partís para un país muy risueño y hermoso  
Donde triunfa el trabajo, donde reina la paz.

## Sulvia

Para Alberto Córdoba

Como ángeles de sueltas y doradas cabelleras, graciosas y ligeras nubecillas surcaban el azul de los espacios, yendo á circundar en el ocaso el áureo lecho en que lentamente agonizaba el día.

Silente, oscura, misteriosa, la noche inmensa, descendiendo de lo ignoto, cubría con sus ósculos la tierra.

Y el rumoroso Tíber—suspirando sus quejas cristalinas—se deslizaba lento y grave frente á Roma activa y triunfadora.

El fulgente palpar de las estrellas, recorría la lejana inmensidad.

Y la alegre multitud, dispersa por la extensa red de calles blancas, llenaba de murmullos la grandiosa capital.

La espléndida morada del patricio Marco Publio—como un sueño de mármol—se alzaba entre las sombras, rodeada de jardines.

Por una de las muchas callecillas que cruzaban por entre ellos, caminaban los amantes; graves, solos... y llegaron junto al regio pedestal en que una Venus destacaba en mármol blanco su bellissimo perfil; y allí se detuvieron.

—¡Escucha!—dijo Silvio rompiendo el silencio que reinara en los últimos instantes;—los murmullos que levanta la compacta multitud en la ciudad, llegan á morir en nuestros oídos cual los débiles suspiros que le traen á las montañas las brisas que se alejan del océano... á veces me parecen mensajeros de un fatídico presagio!

—No hables así,—murmuró la hija del patricio—y envolviendo las robustas nobles líneas del atleta en la plácida caricia de su mirada azul, prosiguió: la gloria ceñirá en las luchas que mañana dan principio, un nuevo laurel sobre tu frente, cuando el pueblo te contemple vencedor una vez más sobre la arena; ¿no eres acaso el más bravo luchador de Roma?

Las pupilas soñadoras del romano, de súbito llenáronse de luz; «No temo la muerte», dijo brevemente; morir luchando por la gloria, es el más noble de los triunfos. Morir cuando se sabe que el ser por quien se vive retorna nuestro amor, es la más dulce de las glorias!

—Si así piensas, ¿por qué asoma la tristeza en tu mirada?

—¿Acaso ignoras, bella Fulvia, que si el griego Apolodoro consiguiera derrotarme, serían suyos los laureles; más aún que los laureles, tu mano, amada mía?

Y Fulvia, conmovida—como en un suspiro—contestóle: Yo lo sé; Nerón lo ha decretado y mi padre así lo quiere.

El ángel del silencio cubrió con sus alas bienhechoras el secreto sufrimiento de los dos.

Los brazos del amante aprisionaban la graciosa esbelta forma de la pálida doncella.

—Es tarde ya y debo partir, exclamó éste; mira el largo trecho que la luna ha recorrido: juntos la vimos remontarse tras la cumbre en esta noche bella, la última quizás ya para mí.

Y el tímido aleteo de los suspiros difundióse entre las sombras.

—Ven, Fulvia; un beso más!... otro!... cómo te amo!... uno más largo aún!... el último!... adiós!... adiós!...

Y después... la calma infinita de la noche reposando sobre el mundo, una virgen que se queda sollozando, un amante que se aleja solo y triste.

Y la luna—como una ave enferma—derramaba sus tristezas hechas luz sobre los campos azulosos del espacio.



Por la triste y larga calle que llegaba al camposanto, caminaban los esclavos, silenciosos, lentos, graves, conduciendo la litera en que Fulvia, la enlutada virgen blanca, sollozaba.

Ya las sombras nocturnales comenzaban á enlutar el firmamento.

—¡Deteneos! ordenó á los esclavos el fiel Glauco—un anciano servidor de la doncella—cuando éstos hubieron alcanzado la entrada del desierto cementerio.

Descendiendo suavemente, la litera descansó sobre la tierra.

Un esclavo abrió la portezuela que dió paso á la romana y á su antiguo servidor.

Lentamente, la joven y el anciano penetraron en la mística morada de los muertos.

—Oh! tan solo aquí mi pobre Silvio!—dijo Fulvia suspirando.

Y la luna empezaba á remontarse, esparciendo su doliente claridad sobre las tumbas.

Caminando por entre ellas, llegó Fulvia al frente de una, cubierta de jazmines y de rosas.

Pensativo, el buen anciano Glauco retiróse algunos pasos.

Oh, mi amado!—exclamó Fulvia arrodillándose en la dura blanca loza que cerrara para siempre los despojos del que tanto la quisiera. E inclinando la cabeza hasta juntarla con las flores derramadas en la tumba... lloró mucho!

Y el fuego de su llanto fué á juntarse con la sangre de las rosas.

Levantando hacia los cielos su faz doliente y bella con lágrimas regada, sus ojos encontraron la pálida figura del griego Apolodoro, junto á ella.

—Meditabas?... perdonad si os disturbé, perdonad si he interrumpido la plática amorosa con la sombra de tu Silvio: dejadme hablar breves instantes.

—Podéis hacerlo.

—Tú no ignoras, bella Fulvia, cómo sufro; tú bien sabes que yo te amo con delirio. Mis ofrendas han cubierto los altares que hay en Roma para Venus; por ti, sólo por ti! Los votos que hice á Marte concediéronme aquel triunfo que yo obtuve sobre Silvio... yo lo vencí en el Coliseo, pero él ha triunfado en tu corazón: tú le amas, lo declaro vencedor!

Tú sabes que Nerón ha decretado que eres mía; mas ¡yo soy griego! y no puedo destrozar el corazón de una mujer.

Si lo hiciera, desde lo alto del Olimpo la ira santa bajaría sobre mi frente.

Adiós! Mañana partiré para la tierra de los dioses... Puedan ellos devolveros tus pérdidas alegrías.

—Gravemente, tristemente, el altivo Apolodoro arrancó de su cabeza la corona de laureles que ciñera, y llegándose á la tumba, «Atleta—dijo—tú has vencido», y la puso con respeto entre las rosas.

Envolviéndose en los pliegues de su rica toga blanca, se alejó.

Y después... el silencio de la noche cubriendo la quietud del campo, el vuelo misterioso de las aves que se buscan en la sombra!

Y la luna—como una ave enferma—derramaba sus tristezas hechas luz sobre los campos azulosos del espacio.

HÉCTOR NARANJO

## NOTAS

SALUDO. — Hace algunos días se encuentra en esta capital la Legación de nuestra vecina República de Panamá. El personal de dicha Legación se compone de los cultos caballeros Doctor don Belisario Porras, Ministro, y don Guillermo Andreve, Secretario

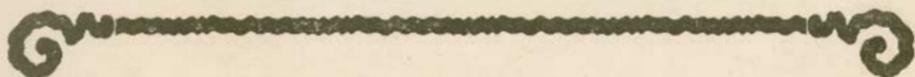
PÁGINAS ILUSTRADAS, al saludarlos atentamente, hace los más sinceros votos por que su permanencia entre nosotros les sea grata.

\*  
\* \*

SOCIAL. — Dos miembros distinguidos de nuestra sociedad cambian hoy de vida: María Eugenia Piza y Alejandro Alvarado Quirós se unen con el dulce lazo del matrimonio.—Para los nuevos esposos deseamos una senda de flores y una dicha completa, y para don Benjamín E. Piza, padre de la desposada, nuestros agradecimientos por la fina invitación que se sirvió hacernos.

## La ciencia en Costa Rica

Entre los últimos adelantos de la Zoología figuran los descubrimientos de dos especies y un género nuevos de forficulas. El estudio ha sido hecho por dos profesores de Costa Rica, los señores Tristán, redactor de esta Revista, y Biolley, y por el profesor de Zoología de la Universidad Real de Torino, el Doctor Alfredo Borelli. En un trabajo recientemente publicado en el *Bolletino dei Musei di Zoologia ed Anatomia comparata della R. Università di Torino*, el Doctor Borelli da á las especies nuevas los nombres de *Ancistrogaster Biolleyi*, *Ancistrogaster Tristani*, y al género nuevo el de *Piragropsis Tristani*. Las especies nuevas fueron descubiertas en Santa María de Dota y el género nuevo en Turrialba. Tales trabajos son de los que honran á un país, no sólo en el tiempo presente sino que nunca dejarán de honrarle. Ojalá sean numerosos los jóvenes que consideren y sigan el ejemplo así dado por los dos modestos sabios de Costa Rica. La grandeza de una nación, dijo Roosevelt, depende ante todo del trabajo duro, constante y desinteresado.



### ¡Descansa en paz!

A mi inolvidable hermano  
Francisco Floret Bellido

La pálida estrella que presidía la existencia de Margarita, iluminóse al interponerte tú en su camino y brilló con los fulgores de la dicha más cumplida, como sólo fulgura la antorcha divina del amor verdadero.

Lleno de ilusiones, adorado de tu esposa y de tus hijas, te arrebató la muerte, dejando en tu antes tan feliz hogar, el tristísimo é inllenable vacío de la ausencia eterna!

Hoy sólo queda tu recuerdo. El recuerdo de tus bondades, nacidas de la ternura de tu corazón y de la nobleza de tu alma.

Regada con mis lágrimas mando una flor para tu tumba. Que ella te repita lo que mis labios siempre te dijeron: palabras de admiración y de cariño, á las cuales agrego ahora esta tristísima frase: ¡Descansa en paz!

S. M. DE NANNE

Detroit, Michigan, Estados Unidos; abril de 1909.

## ¿Son las mujeres de hoy día las más bellas que hayan jamás existido?

“Bella como una joven griega,” es el elogio más adecuado que el mundo halló para la belleza. Sin embargo, el ideal griego de la belleza, no es el mismo ideal moderno. Cada época se ha imaginado su propio tipo de belleza, y en el siglo XX se ha llegado a la tendencia extrema, que surgió con el Cristianismo, de admirar y glorificar el alma antes que el cuerpo.

Así, á lo menos, lo cree el Prof. Harry Thurston Peck, de la Universidad de Columbia, quien varias veces ha escrito sobre el siempre nuevo y atractivo tema de la belleza.

El arte griego no se manifiesta tanto en la expresión del rostro perfecto, del rostro que atrae y fascina, como en el conjunto del todo perfecto: una cabeza bien sentada, un cuerpo de contornos proporcionados con gracia exquisita, labios puros y bien formados, y la impresión de una vida llena de los. La belleza es la belleza de la proporción.

Los romanos consideraban la belleza principalmente como distintivo propio de la mujer.

Para ellos el ideal masculino consistía en la fuerza y no en la gracia y simetría. Ellos creían encontrar en la mujer la belleza, mientras que los griegos la buscaban igualmente en uno y otro sexo.

El Prof. Peck nota poca variedad en las facciones de las mujeres de la antigua Roma, según lo que de las esculturas se desprende, para así poder demostrar que una mujer sea más bella que la otra. Cleopatra misma no sería hoy un modelo entre el grupo de las mujeres bellas de estos tiempos.

Las tradiciones representan á la famosa reina como una maravilla de belleza. Al respecto, escribió el señor Goringe un interesante artículo en vista de su figura en las monedas contemporáneas, las que ciertamente no revelan sino muy poco la belleza en su fízz sensual y escudriñadora que tan infame hechizo causó en Julio

César, crítico conocedor, y en Marco Antonio, voluble libertino.

Quizas el único semblante de mujer romana que parece poder competir con la belleza moderna, es el de Agripina, mujer del desventurado Germánico y madre de Nerón, según se ve en su célebre estatua, donde ella aparece sentada con los pies estirados, la cabeza algo inclinada hacia adelante, imperiosamente bella y forjando crímenes en su mente.

Con la aparición de la influencia cristiana vino una nueva civilización, indudablemente ruda, pero al fin civilización, que reconocía las tiernas virtudes de la caridad y misericordia, y un amor en que lo material fué moderado y purificado por lo espiritual.

Surgió entoces una nueva idea sobre la mujer. Los sentimientos caballerescos de cortesía y generosidad, respeto, deferencia, protección, fueron consagrados á la mujer al extenderse el nuevo culto.

En parte, con la institución de los conventos entró un sagrado honor de pureza en las costumbres brutales de edades obscuras.

Se prescindió, por consiguiente, de la regularidad perfecta y de la severidad cuasi-masculina; y místico, suave, austero, elocuente, del nivel más alto á que iba ascendiendo la mujer, manifestóse entonces el arte cristiano.

En las obras de Botticelli y Leonardo de Vinci pueden apreciarse las perfectas y maravillosas expresiones del ideal de belleza, radiante como en una gloria semi-divina por el alma que respira en todo su sér.

La tendencia moderna es la de subordinar lo puramente físico á lo intelectual y de emoción. A lo menos, es en el rostro casi exclusivamente donde se puede suponer el ideal más elevado de la pura belleza.

A la par de la belleza de la forma debe comprenderse también la belleza de lo atractivo, pues ya no es dable aceptar que

un semblante solamente sea bello; por su regularidad en las facciones, por el color de sus ojos, ó por la disposición de su pelo. Carnalmente el rostro es una especie de máscara. Nosotros miramos detrás de ella, y como por entre velos transparentes y rayos de luz percibimos las cualidades psíquicas que conmueven nuestros propios temperamentos individuales.

Un rostro nos interesa por su belleza picaresca, lleno de humor é ironía; otro por lo pensativo y melancólico de sus facciones, y otro por cierta inescrutable manera de la expresión que siempre encierra en sí un misterio. En fin, ahora que el ideal de la belleza está considerado como una especie de individualismo estético, no se puede afirmar propiamente que exista un dechado acabado, cualquiera que sea, al cual uno pueda atenerse como lo mejor y lo último.

Los atestados son ahora muy artificiales. Para los gustos de los hombres están ellos por sus condiciones psicológicas tan mal acondicionados y determinados, que en vez de uno, se nos presentan mil modelos, de cuyo estudio no se podría sacar conclusiones definitivas y consistentes.

Además, estos modelos á veces se contradicen, y se confunden tanto más por el hecho de que varias personas, que si bien por otras razones discernen correctamente, parecen en esto incapaces de hallar la diferencia entre el vano atractivo de lo que solamente es bonito y el pereñe encanto de la real belleza.

Cora Livingston, mujer bella y célebre del siglo XIX, es un ejemplo de esta teoría. Nació en Nueva Orleans, pequeño París de América, en el año de 1805, y era de fama nacional su belleza. Sin embargo, su madre decía de ella no ser una belleza, ni un genio, pero sí una hija buena y afectuosa. Y Josiah Quincy, su adorador, afirmaba que aunque no era hermosa, sí admitía que ella individualmente era la belleza de más renombre en los Estados Unidos. "Tenía buen cuerpo, bo-

nita cara, bailaba bien y vestía admirablemente. Jamás sobre la tierra, que apenas parecía tocar, había brillado visión más deliciosa."

El marido de otra bella americana, Jessie Benton Fremont, refería que la primera vez que la vió, causó en su mente "el efecto de una rosa de color raro; su belleza sobresalía por la expresión pensativa de su rostro."

No obstante, en la vida moderna de América no faltan del todo bellos rostros de regularidad clásica.

Mary Victoria Leiter, vicereina que fué de la India y baronesa de Curzón of Kedleston; y Jennie Jerome que fué después Lady Randolph Churchill, son dos damas de las más ilustres y más bellas, tanto por su semblante como por su encanto psíquico.

Al comparar las dos grandes bellezas anglo-sajonas, Margarita Frey é Ivy Lillian Close, con la Venus de Milo y Elena de Troya, de imaginación clásica, hay que convenir que la corona de la belleza se la merecen las modernas.

Las dos bellas mujeres Mrs. Hazel Martyn Trudeau y Lady Curzon tenían un algo así como de riqueza espiritual é intelectual que les faltaba á las antiguas.

Los tipos de belleza cambian de siglo en siglo, y el cambio está en favor de las mujeres de hoy.

La condesa Patoka, la duquesa de Devonshire y Mme. Recamier fueron bellezas célebres de tiempos anteriores, pero en ellas no se palpa aquella ternura pensativa y gracia que puede verse en las fisionomías de la belleza moderna.

Como la raza progresa en vivir bien y pensar alto, es razonable suponer que alma y cuerpo superarán cada vez más en virtudes físicas y morales y se llegará al fin con el tiempo á un ejemplar de belleza no conocida hasta hoy.

Traducido del *Chicago Tribune* para *Páginas Ilustradas*, por Carlos Boer.



## Noches teatrales

Compañía Cómico-Dramática **María Díez**

Hago un corte al rimero de cuartillas immaculadas que esperan el beso de la pluma, y pienso... pienso mucho, pues no sé por dónde empezar ni por dónde concluir ante los ojos grandemente abiertos del *ajustador*, que parece decirme: «Amiguito, no hace falta más original que para una página y líneas!» Y en ese corto espacio he de hablar yo de obras teatrales, autores, actores y demás gente simpática que lleva retazos de la vida al estrecho camarín de la escena, en medio del juego de luz del Arte que orla con nimbo de oro los sentimientos del espíritu...

Por la escena de nuestro Teatro Nacional hemos visto desfilar artistas franceses, italianos, españoles y latinoamericanos; nos han traído el evangelio del Arte universal: con las cadencias sublimes de la música, con las palabras que saltan en chorros de oro, con los lienzos que reflejan las creaciones del hombre y los portentos de la naturaleza. Y hemos vivido otra vida que nos desprende del burdo materialismo al volar el espíritu tras los atrevimientos del cerebro humano que va desafiando las sombras de la existencia.

Cuando un mensajero del Arte llega á nuestra tierra, los que amamos lo Bello acudimos á saludarle batiendo palmas en su loor. ¡Que sea bienvenido!

¡Bienvenida la Compañía Díez, que ha llegado á esparcir las flores del pensamiento de los ingenios del teatro sobre nuestros corazones!



De las obras que nos ha dado á conocer la Compañía Cómico-Dramática María Díez, que con tanto acierto y competencia dirige el genial y distinguido actor Vicente Roig, queremos hacer especial mención de aquellas cuya interpretación nos ha complacido sobremanera, tales como *Mariana* y *A fuerza de arrastrarse*, de José Echegaray; *El Honor*, de Sudermann; *Buena gente*, *Madre* y *El Patio Azul*, de Santiago Rusiñol; *Caridad*, *El santuario del hogar* y *Sin familia*, de Miguel Echegaray; *La Zagala*, *Genio alegre* y *La reina*, de los hermanos Alvarez Quintero.

¿Quiénes han sido los héroes de esta jornada? En pocas palabras lo diremos.

María Díez, á quien hemos valorado por la variedad de su trabajo; desde la dama de elevada clase, hasta la humilde campesina, representa todos los tipos y caracteres de manera admirable, llevando el convenci-

miento á los espectadores, que naturalmente han aplaudido y aplauden con entusiasmo su labor.

Vicente Roig, el actor cómico de envidiables condiciones artísticas, y el acertado Director que da vida á las obras. Por el modo de decirlos y caracterizarlos, todos los papeles encomendados á su talento resultan sobresalientes. Ya los aplausos deben tenerlo trastornado.

Carmen García, que es lo que se llama una excelente dama de carácter. Los tipos á su cargo los interpreta con maestría.

Nicolás Carreras será con el tiempo, y sin exageración, una de las figuras del teatro contemporáneo. Cada día perfecciona sus aptitudes.

Ventura Palencia borda los papeles de característico con amor. Domina á conciencia los que le están encomendados.

Las demás partes son bastante recomendables, sobre todo Pilar y Amalia Santés.

En esta tropa de artistas hay un soldado humilde, ignorado, y que yo quiero presentarlo al público: Pulserio López. Es todo un apuntador de carrera. Bajo su tienda de campaña, la concha, ve desfilar por sus ojos innumerables ejércitos de letras que revista admirablemente.

ARMANDO MANRIQUE

## NOTAS

**Solleto importante.** — Mucho agradecemos el obsequio que se nos ha hecho del folletito titulado *Algunos apuntes sobre inmigración*, por el Licenciado don Leonidas Pacheco. El solo nombre del señor Pacheco basta para comprender la importancia de su trabajo. Ojalá muchos costarricenses se ocuparan en asuntos así, de tanto interés para el país.

**El notable artista** don Vicente Roig se ha servido favorecernos con un ejemplar de su libro de versos titulado: *Casos, Cosas y Cositas*. Nuestros sinceros agradecimientos al señor Roig por su bonito regalo, que conservaremos con gusto especial en nuestra biblioteca.

**En un folleto** de 74 páginas hemos recibido el *Voto del Magistrado por Nicaragua en la Corte de Justicia Centroamericana sobre el juicio promovido por el Gobierno de Honduras contra los del Salvador y Guatemala*. Agradecemos el envío de dicho folleto.

**Duelo.** — A don Lucas Chavarría y familia y á don Cornelio Leiva, presentamos nuestras manifestaciones de condolencia por el fallecimiento de doña Sofía Chavarría de Leiva.

**También** ofrecemos nuestro pésame á los deudos del que fué don Pedro Calderón Navarro.

**Muy buenos negocios** deseamos al distinguido caballero don Guillermo R. Lahmann, quien se ha servido participarnos que en este mes quedará abierta una casa de comercio que se dedicará al ramo de Ferretería.